

## **Sobre “la amable y benefactora protección de los británicos” durante la segunda guerra anglo-bóer. Testimonio y cuestionamiento de una militante social ante la experiencia de los primeros campos de concentración del siglo XX.**

Ardanaz, Eleonora, Lazzari, Virginia.

Cita:

Ardanaz, Eleonora, Lazzari, Virginia (2017). *Sobre “la amable y benefactora protección de los británicos” durante la segunda guerra anglo-bóer. Testimonio y cuestionamiento de una militante social ante la experiencia de los primeros campos de concentración del siglo XX. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/756>

Mesa 133: Guerra, historia, sociedad e intelectuales. Abordajes desde la historia y las ciencias humanas

Sobre “la amable y benefactora protección de los británicos” durante la segunda guerra anglo-bóer. Testimonio y cuestionamiento de una militante social ante la experiencia de los primeros campos de concentración del siglo XX

Eleonora Ardanaz  
Universidad Nacional del Sur  
Virginia Lazzari  
Universidad Nacional del Sur

### Introducción

Durante los primeros años del siglo XX, la última guerra anglo-bóer despierta severas críticas en todo el imperio británico. Acusados de antipatriotas, los que levantan voces contrarias a la contienda buscan, no tanto la derrota de Inglaterra, sino el cuestionamiento a ciertos preceptos que acompañan al imperialismo. La aversión al espíritu bélico y la defensa de los derechos de las naciones débiles forman parte del corpus victoriano y les sirven de argumento. Si bien la categoría pro-bóer se relaciona con el centro y la izquierda política, hubo otras fuerzas que se identifican con ella: liberales, conservadores y quienes pelean por la independencia de Irlanda. De hecho, se crean numerosos comités que no gozan, en un principio, de una gran acogida por el público general por considerarlos movimientos de “traición a la patria”.

El giro en la opinión pública se daría con las primeras noticias sobre las crueldades que los militares británicos realizan en las zonas de ocupación. Uno de los principales informes es el elaborado por una conocida militante social, Emily Hobhouse (1860-1926), quien da a conocer los detalles de las extremas condiciones de vida de mujeres y niños, en los más de cuarenta campos de concentración en los que están encerrados. Hobhouse es secretaria de la rama femenina del Comité de la Conciliación Sudafricana, fundado en 1899 para combatir el patriotismo extremo (jingoísmo) que amenaza la existencia de otras

naciones.<sup>1</sup> A raíz de esta militancia, viaja a la zona de guerra a observar el trato a la población y, el resultado de esta experiencia, se traduce en diversos escritos que la acompañan durante su vida. Uno de ellos, un informe que recoge como testigo presencial, sirve para que se conforme una comisión gubernamental que interviene en el tema. Muchos años más tarde, el pueblo sudafricano le rinde una serie de homenajes y honores.

A pesar de todo lo antedicho, y sin desconocer sus méritos, la defensa de la población de los campos de concentración tiene sus límites, fijados por su condición de clase y por el europeísmo que subyace en sus pensamientos. Así, este trabajo busca analizar la perspectiva que sobre esta contienda tiene una militante pacifista, que participa ampliamente en el movimiento por los derechos de las mujeres y niños bóers en Inglaterra, y elabora uno de los primeros informes sobre cuestiones humanitarias, vinculadas a los campos de concentración.

#### Describiendo el sufrimiento de mujeres y niños

Hobhouse tiene tres obras publicadas, dos de 1924 y la primera de ellas, *The Brunt of the War and Where it Fell*, de 1902. Esta última, que constituye la fuente de nuestro análisis, está estructurada en tres partes que contienen entre dos y tres capítulos cada una y, con ella, la autora se propone reconstruir -a través de distintos materiales recopilados- la experiencia de la población de colonos refugiada en los campos de concentración establecidos por los británicos en Sudáfrica en su avanzada por el control del territorio y fundamentalmente, de sus riquezas mineras. Esta “zona de contacto”<sup>2</sup> presenta la particularidad de ser un espacio conformado por capas de dominaciones. A los nativos africanos, sometidos por los colonos granjeros descendientes de holandeses que desde 1652 se asentaron tomando como base Ciudad del Cabo, se le superpone la puja entre estos

---

<sup>1</sup>Midgley (2006) señala que durante el conflicto anglo-bóer las manifestaciones de mujeres cobraron un gran dinamismo debido a que era más esperable que ellas protestaran en favor de la paz –siempre desde su cualidad de madres protectoras-a que fueran los hombres. Éstos inmediatamente eran calificados como “traidores”.

<sup>2</sup> Definida por Pratt como “... espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo dentro de relaciones sociales altamente asimétricas de dominación y subordinación, tales como el colonialismo, la esclavitud, o sus consecuencias como se viven en el mundo de hoy” (2011: 31). “El término contacto” aclara, “pone en primer plano las dimensiones interactivas e imprevistas de los encuentros coloniales, tan fácilmente dejadas de lado o hasta suprimidas por los relatos de conquista y dominación centrados desde el punto de vista del invasor” (2011: 34).

últimos -asentados en las dos pequeñas repúblicas aliadas del Transvaal y el Estado Libre de Orange- y los británicos, que desde fines del siglo XIX pretenden extender su imperio sobre la zona subordinando a los bóers con la colaboración de los nativos.

La obra se abre con la reproducción de algunos artículos de la Convención de La Haya, en relación al comportamiento hacia la población civil durante cualquier conflicto bélico, que prohíbe claramente algunas de las transgresiones constatadas a lo largo del texto, como el pillaje, presiones a la población para que actúe en contra de su propio país, la imposición de penas colectivas ante actos de individuos aislados; asimismo, determina el respeto a la libertad, propiedad y convicciones religiosas. El Manual de la Ley Militar, de 1899, algunos de cuyos pasajes también se reproducen, deja asentado qué se entiende por actos de crueldad innecesarios en relación a la población civil: aquellos que “...*excluyen el barbarismo gratuito, como cualquier descripción de insulto y crueldad, que solo sirven para exasperar los sufrimientos o incrementar el odio del enemigo sin debilitarlo ni tender a su derrota.*” (Hobhouse; 1902: XII)

El primer capítulo, “Homes Destroyed”, constituye una selección de despachos, proclamas y partes oficiales cruzados entre los mandos Boers y los británicos y cartas de soldados, que dan cuenta de los hechos de violencia perpetrados sobre la población civil, específicamente se enumeran el saqueo y quema de granjas, cosechas, ganado y hogares de los colonos, atrapados entre el fuego de unos y otros.

El segundo capítulo, titulado “Las mujeres en 1900”, indaga en las experiencias de lo que la autora cataloga como la porción de la población que más sufrió la guerra: las mujeres y los niños; de hecho, la obra misma está dedicada a las mujeres de Sud África; por “*su resignación en la pérdida, independencia bajo la coerción, dignidad en la humillación, paciencia en la pena y tranquilidad en medio de la muerte*” (Hobhouse, 1902: Prefacio).

Los múltiples testimonios –extraídos de la correspondencia privada de mujeres, algunas de las cuales fueran reproducidas por la prensa británica- dan cuenta del modo en que la autoridad británica, en cuyo mando supremo estaba Lord Kitchener, operaba en los territorios que iba ocupando; resalta la fuerza de desplazar a los colonos de sus propiedades y trasladarlos a los campos de refugiados creados, sobre la marcha, para alojarlos.

Dado que los hombres estaban luchando, en las granjas solo quedaban mujeres y niños, que sin dinero ni ropa, eran requisados y desalojados de sus hogares para enviarlos,

deportados -vía tren o carros- a grandes ciudades, como Ciudad del Cabo, Natal o Durban, donde se las llevaba a hoteles y casas de pensión que debían ser costeados por las propias víctimas; o eran dejados a la buena de dios o a la caridad de las comunidades de creyentes: *"Es tan atroz ver soldados con la bayoneta calada haciéndoles la guardia a mujeres indefensas, con niños... pero una no debe decir muchas cosas..."* se queja una de ellas (Hobhouse, 1902: 81). Los traslados de gente hacinada, donde algunos mueren sin que los demás siquiera lo noten, constituyen una constante en los relatos de violencia de guerra durante el siglo XX. Se repiten las experiencias traumáticas de aquellas mujeres que se enfrentaron a la falta de información y la incertidumbre al ser arrancadas de sus hogares por la noche, la soledad y la intemperie, resaltando su sentimiento de profunda vulnerabilidad; *"Tomaron todos nuestros restantes caballos, ganado y otras cosas, justo cuando íbamos a ir a reunir a las ovejas. Les pedí que nos dejaran al menos una vaca. Su respuesta fue 'No, ni una'."* (Hobhouse; 1902: 56). La requisita de granos y comida se repite en las narraciones, angustiantes en los casos en que había niños, despojados de leche ni pan. *"Recurrí a los ingleses por comida"* cuenta Mrs. Murray *"pero me dijeron que no podían hacer nada"* (59). En varios casos, los niños fueron salvados de morir de hambre gracias a que las mujeres escondían algún trozo de carne entre sus ropas.

Siguiendo los importantes aportes de Pratt, podemos afirmar que el imperio genera, además de relaciones sociales y económicas de dominación, significados en el terreno de la ciencia, el conocimiento y la cultura en general, con una ideología que lo sustenta y que construye "al resto del mundo" (2011: 25) y hace inteligible la diversidad y el orden imperial mismo. Los esquemas de clasificación resultantes se basan en la dicotomía civilización/barbarie, que la experiencia sudafricana viene a subvertir, con las mismas herramientas conceptuales, pues ahora los acusados de barbarie son los propios británicos.

Esta fue una guerra que sorprende a los contemporáneos por el carácter de sus contrincantes, dado que por primera vez se enfrentan hombres blancos en territorio colonial; de modo que las agresiones no se dispensan sobre población negra sino sobre colonos hijos de holandeses, tenidos ambos como civilizados pueblos blancos. Sin embargo, el tono de los relatos de las mujeres Boers al contar el trato dado por los militares ingleses -se sienten ultrajadas como pobres bestias incivilizadas- retoma esa misma dupla interpretativa, a través de la cual ven su mundo circundante. Lo sorprendente del caso es

que ahora los bárbaros eran los ingleses. En el relato, aparecen imágenes de soldados jugando tiro al blanco con las teclas de pianos de cola. Ellas, denuncian un trato brutal, impropio hacia mujeres blancas, dispensado por hombres que se suponía educados: *“Entonces vinieron otros oficiales que eran muy incivilizados”* cuenta la joven Ellie Cronje, *“tomaban el carro, hacían todo tipo de preguntas tontas como si hacíamos algún tipo de trabajo, amenazaron con quemar la casa...”*. (Hobhouse: 1902: 56). Se trata de “gente civilizada” (Hobhouse, 1902: 81) y como tal, un misionero reclama un trato acorde. Una joven mencionaba que –una vez dejadas sin hogar- en su travesía en carro hacia la ciudad, son expuestas todo el día al sol (Hobhouse, 1902:57). Las mujeres eran trasladadas en vagones de tercera clase, lo que se sobreentiende insultante y por completo inapropiado para los cánones de feminidad de la época. Los soldados eran acusados de cobardía por tomarla contra mujeres indefensas, en contraposición con la valentía de los Boers que luchaban por la libertad de su país. Una dama sostenía que *“Inglaterra firmó su sentencia a ser desplazada de las naciones honorables por el comportamiento mostrado en las repúblicas. Está en un punto de inflexión en su existencia política.”* (Hobhouse, 1902: 90-91). Es claro que el cuestionamiento no es solo de índole política: *“Soy sudafricana, de descendencia alemana y de hugonotes franceses y nunca he dejado mi país, pero mi educación e ideales están basados enteramente sobre cimientos ingleses. Juzguen ustedes lo que significa tener todo eso arrasado. No solo están nuestros ojos abiertos a la actual política inglesa de injusticias sino que estamos obligados a correr el velo y ver los actos equivocados más antiguos, como los años de opresión de Irlanda.”* (Hobhouse, 1902:91)

#### Sobre la naturaleza de las prisioneras

Una vez probado el grado de sistematicidad de las acciones sobre la población civil, la cuestión de los campos de concentración provoca un verdadero escándalo que repercute en los debates parlamentarios durante 1901-1902 y lleva a preguntarse por las motivaciones de tal política, como por las concepciones femeninas que subyacen a aquellas. Oficialmente Lord Kitchener manifiesta que los rebeldes obtenían apoyo, recursos como alimentos y cuidados, en los casos de heridos y enfermos, de la población civil, a la que pertenecían, de modo que la evacuación total del terreno es la forma de cortar los suministros a los bóers para forzar su rendición en esta fase de guerra de desgaste. La asistencia activa hacia las

tropas aún en lucha convierte a las mujeres en prisioneras de guerra y no en mera población vulnerable<sup>3</sup>, y por ende, susceptibles de encuadrarse bajo la etiqueta de refugiadas. De ahí que la cuestión de la definición de su condición -que tiene implícita una serie de asunciones sobre la condición femenina- lleva, a partir de 1901, a una serie de acalorados debates, tanto en la prensa como en el Parlamento británico.

Cuando una de las mujeres perjudicadas demanda saber la causa de la quema de sus propiedades, el oficial inglés a cargo, responde: *“Porque cuando todos ustedes sean pobres podremos comprar sus granjas por nada, entonces sus maridos serán nuestros sirvientes y ustedes servirán a nuestras esposas”*<sup>4</sup> (Hobhouse, 1902: 59). Las especulaciones y rumores son variados, hay quienes dicen que se apoderan de las mujeres para colocarlas como prisioneras entre las tropas de modo de frenar los ataques bóers; para otros es una forma de hacer que los maridos se rindan a cambio de su libertad, es decir, se debe a una necesidad militar y, por lo mismo, justificada. El Ministerio de guerra-debemos incluir también acá a la autora analizada- opta por los argumentos de corte humanitario. Elige apelar a la retórica de la protección, dada la natural vulnerabilidad de las mujeres, para justificar la política de desplazamientos y campos de refugiados. Se trata de mujeres blancas a merced de la crueldad de los africanos negros. El Secretario de Asuntos Coloniales esgrime como argumento que la finalidad de los campos es proteger a las mujeres y niños del desbocado accionar de los nativos africanos, al fin de cuentas, salvajes<sup>5</sup>. Se decía -y la propia Hobhouse adhiere a la idea al tiempo que simpatiza claramente con las mujeres blancas de las clases superiores reforzando la jerarquía racial de las colonias sudafricanas- que durante este conflicto los británicos utilizan a los kaffirs, o cafres<sup>6</sup>, sometidos a la servidumbre por los afrikaneers, en su provecho<sup>7</sup>: *“Los jefes kaffirs,*

---

<sup>3</sup> “Como le informara, debido a la manera irregular en que usted se ha conducido y continua conduciendo las hostilidades, forzando a los pacíficos habitantes, en contra de su deseo, a alistarse con sus tropas –un proceder totalmente reñido con las autorizadas costumbres de la guerra-, no me deja otra alternativa que tomar el repugnante y poco placentero paso de llevarme a las mujeres y los niños” le manifiesta en febrero de 1901 al general Botha, Comandante general del Transvaal y el estado Libre de Orange(Hobhouse, 1902:100), transfiriéndole la responsabilidad de los hechos.

<sup>4</sup> Se calcula que para 1901 un 12% de la población bóer había perecido. (Riveros Vera, 2014) De ese porcentaje, unas 26.000 mujeres y niños murieron a causa de hambre y enfermedades en los campos de concentración.

<sup>5</sup> Las deportaciones de mujeres, cita Hobhouse, “se hacen solo para su protección, tanto de las bandas de merodeadores bóers como de los nativos” (1902: 95)

<sup>6</sup> Nativos de África del sur este.

*habiéndose unido al enemigo, cruzaron la frontera Occidental y cometieron asesinatos y crueldades ante las que incluso los soldados ingleses retrocederían. La consecuencia fue que gran parte de los distritos del norte y del occidente debieron ser abandonados por nosotros porque las mujeres y los niños estaban expuestos a morir asesinados en cualquier momento.”* (Hobhouse, 1902: 80) y *“Además de todos aquellos riesgos, hay Kaffirs al servicio de sus tropas”*, señalan en una larga carta enviada a Lord Salisbury, Mr. Schalk Burger y Mr. Reitz, representantes del Gobierno del Transvaal, *“que los insultan y los tratan de malos modos”* (Hobhouse, 1902:107).<sup>8</sup>

### Los campos

Recién en el capítulo 2 de la Segunda Parte se relevan los campos de refugiados, visitados a partir de enero de 1901. Bloemfontein, Maritzburg, Johannesburg, Merebank y Pietermaritzburg son los que aparecen con mayor frecuencia. No solo se trata de población femenina, en los campos también hay hombres Bóers, prisioneros de guerra por haberse rendido o por caer heridos. En Pietermaritzburg hay un comité de Damas que se encarga de la ropa y el calzado de los refugiados, la mayoría de los cuales son obligados a salir de sus hogares con lo puesto.

Ahí son ubicadas en carpas, desprovistos de sus criados, lo que las obliga a realizar las tareas diarias, como picar leña, encender el fuego, cocinar a cielo abierto y lavar la ropa, por sí mismas. Nótese que en muchos casos se trata de las esposas e hijas de los altos mandos, de jueces y la elite bóer, acostumbradas a un modo de vida propio de clases altas, rodeada de servidumbre nativa, en casas de europeo confort. Las divisiones de clase y etnia atraviesan las experiencias de estas mujeres, así lo muestra el relato de M. Hertzog, esposa de un general rebelde que luego sería jefe del gobierno sudafricano: *“Nuestra comida, que era tan mala como las instalaciones, era preparada y distribuida por una clase inferior e insultante de refugiados de Johannesburgo, quienes nos trataban*

---

<sup>7</sup> “Las hordas de kaffires siempre formaban un flanco de las fuerzas británicas y completaban el trabajo de destrucción dejado inconcluso por las tropas inglesas” (Hobhouse,1902:80)

<sup>8</sup> Las pruebas documentales revelaron que la gran mayoría –silenciada- de los muertos eran personas de piel negra, entre ellos muchos civiles que son llevados a los campos de refugiados que revisten un carácter de exclusivos para africanos. Así también se pudo corroborar que parte de los afrikáners pelearon en ambos ejércitos “casi siempre como carne de cañón” (Varela, 2009: 441)



*alternativamente con carne en conserva hervida y pescado salado agusanado que no tenían ningún escrúpulo en servirnos con sus propias manos.”* (Hobhouse, 1902: 88)

Aunque se construyeran 64 campos de concentración para la población civil nativa de color y se estima que su número de muertos en los campos supera el de los 20.000, en el relato de Hobhouse no hay lugar para los refugiados de origen no europeo, probablemente porque escribe desde dentro de un mundo blanco, para un público blanco.

Una de las cosas que más las escandaliza es la falta de privacidad y que jóvenes y viejos sean ubicados juntos; Mrs. J. Botha señala: *“No necesito contarle cómo es la vida en un campo, ubicados con todas clases y condiciones de personas en un mismo lugar; es demasiado duro de ser descripto a cualquiera. Yo nunca supuse que la vida en una carpa fuera tan difícil.”* (Hobhouse; 1902: 65) para otra *“la vida en el campo no sería tan dura, si uno pudiera conseguir una carpa para toda la familia, pero ahora eso no es posible, hay tantos en una sola carpa!”* (Hobhouse; 1902: 69). La privacidad del mundo familiar es un baluarte a defender por las mujeres bóers, como lo era para las británicas.

Por otro lado, esta comunión de gente genera un fortalecimiento de la identidad en común, débil o inexistente hasta entonces, pues la experiencia las provee de la certeza de un destino nacional en común: *“... de cierta forma, me siento orgullosa de sufrir con mi gente, porque uno nunca puede simpatizar realmente con los demás hasta ser colocado bajo las mismas circunstancias y ahora, te aseguro, puedo simpatizar por completo con todos...”* (Hobhouse, 1902: 66)

La ración que reciben consta de carne, pan, azúcar y café. El agua y la leña la deben ir a buscar: una, de la provisión común llevada a diario en toneles y otra, del entorno circundante. Las quejas al respecto son múltiples, en relación a las inclemencias climáticas a las que están sujetas, como a lo amargo del pan, la escasa cantidad de comida y a la cantidad de gente enferma, seguramente debido a las condiciones del agua. Un médico a cargo reporta al respecto la aparición de una forma de diarrea, así como también de malaria y fiebre, que eleva la mortalidad infantil, así como la de las parturientas.

Las autoridades de los campos, por su parte, se quejan de que desde el servicio ferroviario no se les avisa previamente de los envíos de prisioneros, de modo que estos deben esperar durante horas en las estaciones a que se disponga de ellos, lo que muestra la improvisación de las medidas, a pesar de tratarse de la primera guerra de características

modernas, por la tecnología utilizada. Estas cuestiones organizativas se verían llevadas al extremo de eficacia por los alemanes cuarenta años después.

Algunas mujeres reclaman la intervención de la reina que, en tanto mujer, debería apiadarse del sufrimiento de sus congéneres, aunque fueran bóers. Mrs. Hurdus dice que *“estas almas sencillas no saben que nuestra reina no gobierna y que la verdadera situación nunca llega a su conocimiento. También creo que, si la reina fuera capaz de ver y escuchar lo que aquí sucede y la verdad de la guerra, actuaría con justicia, aun a costa de perder fama y honores mundanales”* (Hobhouse, 1902: 78). La discusión sobre la pertinencia o no de los campos de refugiados estaba por completo generizada.

### Conclusiones: La tarea humanitaria de Hobhouse

Al final de la primera parte la autora cuenta bajo qué circunstancias decide viajar a Sudáfrica, en enero de 1901, para involucrarse personalmente en la ayuda humanitaria, rol femenino por excelencia. Su primer intento de organizar un comité de socorro a las mujeres y niños desplazados, aunque recibido con simpatía por las autoridades británicas, fue un completo fracaso dado el clima de chauvinismo imperante. A pesar de su deseo de organizar un comité -en esencia apolítico y al margen de los partidos- ante las invitaciones cursadas las respuestas eran todas negativas, pues *“parecería que pertenecen al partido<sup>9</sup> que se ha opuesto a la guerra”* (Hobhouse, 1902: 94). *“Las respuestas”,* dice ella misma, *“eran características de los sentimientos ingleses de ese momento. Un prominente clérigo pensaba que mantener vivos a las mujeres y niños Bóers prolongaría la guerra (...) tal era el tenor de las respuestas.”* Se destaca el clima de agresivo nacionalismo, o “frenesí de

---

<sup>9</sup> El Partido Liberal, tradicionalmente internacionalista, cuenta con una tradición de repulsa a la belicosidad y apoyo a las pequeñas naciones. Sin embargo, se encontraba dividido entre los más tradicionales, que apelaban a la herencia victoriana y los nuevos, que adherían al imperialismo agresivo. Desde el no conformismo también se cuestiona a la guerra, de ahí que los ministros de la Iglesia Congregacionista elevaran una petición llamando a ponerle un pronto fin aceptando la independencia de las repúblicas Boers en julio de 1901 y los metodistas creen el Comité Para la Guerra. Aún así se trata de posturas minoritarias pues el avance imperial se alió a la idea de cristiandad dando ímpetu a la actividad misionera. Para un completo análisis de la opinión pública británica ante los hechos narrados, así como de la controversia suscitada a partir de la divulgación de la existencia de campos para mujeres y niños, cfr. KREBS, 1992; por su parte, SEIBOLD, 2011 ofrece una lectura diferente del mismo debate,

jingoísmo” (Krebs, 1992: 38) que alcanza su pico durante el conflicto, por lo que quienes se oponen o critican la guerra corrían un verdadero riesgo físico.

El libro culmina con una serie de apéndices compuestos por listas de muertos, listas de granjas quemadas, campos de evacuados, mapas de los campos e imágenes.

¿Cuál es la imagen de las mujeres que Hobhouse construye a lo largo de su pormenorizado relato? Se trata de la imagen de mujer víctima, aquella que teniendo una situación de privilegio -blanca, propietaria, madre de familia y educada- en una colonia de blancos en el continente negro, lo pierde todo y sufre el confinamiento en los campos de concentración. Se recortan como sujetos pasivos, aunque estoicos y valientes, que necesitan ser auxiliadas por el mundo civilizado. Su talla moral está dada por los pesares que pueden sobrellevar.

Para Hobhouse, en definitiva, las mujeres “*estaban entre el demonio y el mar profundo*” (102), es decir, construye una imagen femenina que en nada se aparta del arquetipo tradicional de indefensión absoluta. Sin perjuicio de ello, su aporte en el despertar de la conciencia pública de la sociedad británica es y ha sido invaluable.

#### FUENTE

HOBHOUSE, Emily, 1902, *The Brunt of the war, and were it fell*, London, Methuen & Co.

#### BIBLIOGRAFIA

KREBS, Paula, 1992, “The Last of the Gentlemen’s War’: Women in the Boer War Concentration Camp Controversy”, en *History Workshop Journal*, Issue 33, Oxford University Press, pp. 38-56.

KREBS, Paula, 1999, *Gender, Race and the Writing of Empire. Public discourse and the Boer War*, Cambridge University Press, U. K.

MIDGLEY, Clare, 2006, “Bringing the Empire home: women activist in imperial Britain, 1790-1930” en HALL, Catherine y Sonya ROSE, *At home with the empire*, Cambridge University Press, pp. 230-250.

MORGAN, Kenneth, 2002, “The Boer War and the Media (1899-1902)”, en *Twentieth Century British History*, pp. 1-16.

PRATT, Mary, 2011, *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Bs. As., F.C.E.

RIVEROS VERA, Axel, 2014, “Del colonialismo a la Primera Guerra Mundial. Desestructuración de los pueblos de África” en *RevistaGrafía*, Universidad Autónoma de Colombia, vol. 11, nro. 2, julio –diciembre, pp. 44-68.

SEIBOLD, Birgit, 2011, *Emily Hobhouse and the reports on the Concentration Camps During the Boer War (1899-1902). Two different Perspectives*, Stuttgart, Germany.

VARELA, Hilda, 2009, “Sudáfrica a inicios del siglo XX: la posguerra sudafricana” en *Estudios de Asia y África*, México, vol. XLIV, nro. 3 septiembre-diciembre, pp. 439-466.